



**"¡Haz, Oh Cristo,
que yo te conozca!"**

El Estudio de Evangelio en el Prado

Asociación de sacerdotes, General Prado

PRESENTACIÓN

Este documento es fruto del trabajo del Consejo General del Prado.

En el mes de julio de 2009, tuvo lugar en Limonest una sesión internacional cuyo tema ha sido el Estudio del Evangelio. El Consejo consideró importante seguir profundizando en las cuestiones y puntos fundamentales de este encuentro. No se trata de hacer un reportaje o de publicar las diversas intervenciones, sino que proponemos una reflexión que ilumina y guía a los miembros de nuestro Instituto sobre este punto central de nuestra vocación y de nuestra misión. (En el n° 103 de la revista del Prado se presenta una crónica de la sesión. También disponemos de un pequeño fascículo, traducido a diversos idiomas, publicado en 2009 y cuyo título es: “El Estudio de Evangelio según el Padre Chevrier, elementos de trabajo”).

Como afirma el documento final de la Asamblea General de 2007, “El Estudio del Evangelio unifica nuestra vida en torno a la persona de Jesucristo. Es el centro y el patrimonio de nuestro carisma. Nos acompaña todos los días (VD 225). Es un compromiso ineludible. Nuestro primer trabajo es estudiar a Nuestro Señor Jesucristo en las Escrituras y en la vida de la gente. Por ello, el Estudio del Evangelio es la fuente de nuestra misión en medio de las realidades del mundo. En una palabra, el Estudio del Evangelio es un don del Espíritu Santo y un elemento constitutivo de nuestra vocación pradosiana”.

“Felices los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”, nos dice Jesucristo (Lc 11,28). El Estudio del Evangelio es un verdadero trabajo realizado en el corazón de la misión entre los pobres. Lleva a la admiración, a la alabanza, a la oración. Moldea en profundidad el ser del discípulo y del apóstol. Unido a la eucaristía, crea una unión profunda con Cristo que es el arquitecto de toda pastoral. Las expectativas de los pobres y los retos de la evangelización en nuestro tiempo obligan sin cesar a volvernos a la Palabra de Dios, a fin de que ésta nos haga descubrir el misterio de Cristo y el misterio de la persona humana llamada a la salvación.

No basta con hablar del Estudio del Evangelio. No basta con escribirlo. Es necesario llevarlo a la práctica en el dinamismo que nos dejó el Padre Chevrier: “¡conocer, amar y seguir a Jesucristo más de cerca!”.

A través de este compromiso, el Espíritu Santo transforma poco a poco nuestra vida y la conducta de las comunidades cristianas. Destacamos este punto fuertemente subrayado durante la sesión de 2009: Planteémonos claramente (cada uno y en equipo) las siguientes preguntas: - ¿Cuál es el contenido de mi Estudio de Evangelio en este momento, a partir de lo que Jesucristo me pide estudiar para mi vida de discípulo y de misionero? ¿En qué momento y en qué lugar decido realizar este trabajo y reservar tiempo para la oración? -¿Con quién voy a compartirlo? (equipo del Prado, padre espiritual, los cristianos,...).

Fraternalmente, estamos invitados a mantenernos de manera firme en este recibimiento vital de la Palabra de Dios. ¡Que este texto elaborado por el Consejo General fortalezca nuestra escucha del Señor que viene a traernos la Palabra del Padre y a comunicarnos la Vida Verdadera!

Robert Daviaud
*Responsable General
del Prado*

INTRODUCCIÓN

“Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él¹”.

La experiencia de la Navidad de 1856 acrecentó y fijó la pasión vital de A. Chevrier por la persona del Verbo encarnado. De tal forma le sedujo la belleza del Hijo en su misterio de pobreza y entrega, que afirmará: «conocer a Jesucristo es todo, el resto es nada.» «El estudio de nuestro Señor Jesucristo» configuró la existencia del P. Chevrier, como hombre, discípulo y «catequista de los pobres».

¹ Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, 84.

La pasión de conocer y dar a conocer a Jesucristo centró y unificó la existencia y misión del fundador del Prado. Y esta pasión intentó inculcarla en los que se unieron a él para evangelizar a los pobres: “¿No estamos aquí para esto y nada más que para esto, para conocer a Jesucristo y a su Padre y darle a conocer a los demás²?” (Carta 181) Para A. Chevrier el estudio de nuestro Señor Jesucristo, tanto en los evangelios como en la vida eucarística, no es una exigencia, sino una necesidad vital. Deseaba conocerlo más y más, pues se ha sentido atraído y fascinado por la novedad y belleza del Enviado del Padre, tal como se ha revelado en la encarnación, la cruz³ y la Eucaristía. En el «estudio del Evangelio» se trata, por tanto, de cultivar y desarrollar, con gozo y determinación, el atractivo que el Padre deposita en el discípulo por su Hijo que vino en pobreza y humildad para darnos la vida.

El P. Chevrier era muy consciente de la tentación de un activismo estéril y frustrante. Sabía que la verdadera fecundidad del evangelizador viene de Dios y no de la acción desenfrenada. Meditó mucho en las palabras de Jesús a Marta: “*Tú te afanas y te preocupas por muchas cosas y sin embargo sólo una es necesaria*” (Lc 10,41-42). La acción apostólica, si quiere ser eficaz con la eficacia de

² La intuición de A. Chevrier concuerda bien con el programa de la Iglesia apostólica y que Juan Pablo II expresó en estos términos: “no se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (NMI 29).

³ “En su pasión es donde ha sido Nuestro Señor el más hermoso y el más perfecto” (P 2, 145).

Dios, ha de nacer de la escucha, de la oración, del amor, del interior, esto es, de la unión y conformidad con Cristo, lo cual supone caminar en el Espíritu de la verdad y de la libertad. Conocer a Jesucristo para hacer bien el catecismo era lo único necesario para A. Chevrier; y para los que compartimos su carisma⁴.

Estamos, pues, ante una gracia que reclama de nosotros un cultivo incesante. Para ello necesitamos apoyarnos los unos a los otros, como en los tiempos iniciales de la familia del Prado. Ser testigos de Jesucristo en este momento de la historia, en la red compleja de la globalización que presenta una oferta de concepciones religiosas, antropológicas y sociales tan plurales y diversas, es una razón más para unificar nuestra vida y acción en torno al conocimiento de Jesucristo.

Con este documento el Consejo quiere ofrecer un sencillo instrumento de trabajo para impulsar y propiciar una renovación de la práctica del Estudio del Evangelio, para conocer, amar, seguir y anunciar mejor a Jesucristo a los pobres de nuestros pueblos, en comunión con nuestros presbiterios y comunidades.

⁴ Cf. V D 299; 122-126.

1. ¡HE AQUÍ JESUCRISTO!

La primera parte del “Verdadero Discípulo” se titula: “Conocer a Jesucristo”. Los primeros cuatro capítulos, en los que A. Chevrier desgrana un largo estudio sobre qué y quién es Jesucristo, concluyen con esta expresión tan significativa como lacónica: ¡He aquí Jesucristo!. Es la expresión de una experiencia gozosa de fe, llena de admiración y gratitud. Esta se prolongará en la oración: “¡Oh Verbo! ¡Oh Cristo!”.

Esta seducción por la belleza del Verbo encarnado pone al discípulo en el camino de la adhesión vital a la persona y obra del Señor. En el capítulo siguiente: “adhesión a Jesucristo”, el P. Chevrier saca las consecuencias a la luz, sobre todo, de la experiencia de san Pablo. Se entrega a Jesús y se ofrece para la misión: “Señor, si tienes necesidad de pobre, ¡aquí me tienes! Si tienes necesidad de un loco, ¡Aquí me tienes!” (VD 122).

Esta entrega brota de un corazón inundado por la belleza y la alegría, por la pasión de quien se siente agarrado y alcanzado por el Señor.

La grandeza y belleza del Hijo en la humanidad

El Estudio del Evangelio busca conocer la persona del Enviado del Padre que ha venido en la debilidad de nuestra carne.

La grandeza y belleza del Hijo en la pobreza y humildad de la carne fascinó al P. Chevrier (cf. Jn 1,14). Jamás dejó de estudiar la gracia y la verdad del Hijo, en quien se revela el verdadero rostro del Padre. El Estudio del Evangelio en el Prado nace de la acción interior del Espíritu en nosotros: “¿Sientes un impulso interior que te lleva a Jesucristo? Un sentimiento lleno de admiración por Jesucristo, su hermosura, su grandeza, su bondad infinita... un soplo divino que nos impulsa y viene de lo alto... ¡Ah!, fomentemos este atractivo, hagámoslo crecer por la plegaria, la oración, el estudio, para que se agrande y dé frutos” (VD 119).

Es el corazón y no la razón el que puede adentrarse en ese conocimiento de gracia y de verdad que orienta nuestra búsqueda en el Evangelio para conocer y reconocer a la persona de Jesús. Él es para nosotros “*el camino, la verdad y la vida*” (Jn 14,6), el centro y fundamento que da unidad y sentido a la vida. “¿Quieres ser de Jesucristo? ¿Sientes el deseo de ser de Jesucristo?

¿De quién quieres ser?” (VD 119). El discípulo, seducido por el amor, la belleza y grandeza del Verbo, se entrega a él y se considera propiedad y pertenencia suya.

Por otra parte, en su acción evangelizadora hace suya la afirmación de Pablo: “No quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado” (1 Cor 2,2).

Guiado por el Espíritu Santo, el discípulo se adentra en el conocimiento de la persona del Verbo a través de su humanidad, en la verdad plena de la Palabra que se ha hecho humana. El Espíritu, por tanto, se sirve de la palabra apostólica que él inspiró y que hoy la convierte en palabra viva y luminosa para cada uno de nosotros. Este es el conocimiento de la fe que nos hace entrar en la experiencia inaudita de los primeros testigos del Resucitado: *“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de la vida, -pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre que se nos manifestó- lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo”* (1 Jn 1,1-3).

El Estudio del Evangelio hecho en la luz del Espíritu de la verdad, nos lleva a ver, escuchar y palpar de alguna forma a Jesús, es decir, a entrar en una relación personal con él en nuestra propia vida e historia. Queremos desarrollar así la gracia de unirnos a él, de dejarnos modelar por él, para producir fruto bueno, abundante y

perenne en el servicio del Evangelio entre los últimos de nuestro mundo.

La primacía de la gracia y de la gratuidad en el Estudio del Evangelio

Puesto que se trata, ante todo, de conocer a una persona, el Estudio del Evangelio no se presenta como un esfuerzo de la razón para poseer y controlar unas ideas. Es la escucha atenta, agradecida e inteligente de aquél que se revela y quiere comunicarse con nosotros. Cuando abrimos los evangelios hacemos siempre un acto de fe: Jesucristo, el viviente, quiere dirigirnos aquí y ahora una palabra de gracia. Por ello nuestro estudio ha de realizarse desde una conciencia animada por un sentimiento de gratitud, pues el Señor nos da a conocer su intimidad (cf. Jn 15, 15). El Estudio del Evangelio nos enseña a vivir desde el don, por eso lo realizamos en un contexto de oración.

El encuentro y conocimiento personal de Jesucristo reclama una profunda gratuidad. Pero ¿en qué consiste esta gratuidad del discípulo y del apóstol? El discípulo deja que Jesús entre y dirija su existencia con plena libertad. El estudio espiritual no busca poseer, sino dejarse hacer y recrear por la Palabra⁵. El apóstol acepta ser enviado al mundo para dar testimonio de Jesucristo, para

⁵ “Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia” (NMI 39).

dar razón de su esperanza con sencillez, dulzura y respeto. La gratuidad del discípulo y del apóstol se expresa en hacer camino en Jesús y con él hacia el Padre y hacia los últimos de nuestro mundo.

La gratitud y gratuidad se manifiestan en el hecho de que Jesús sea vitalmente para nosotros la medida, el centro, el fundamento de todo: “Ha de ser, pues, el fin de nuestros trabajos, de nuestras acciones; el fin de nuestra vida. Le pertenecemos bajo todos los conceptos” (VD 105). En él encontramos la verdadera sabiduría y la luz que nos lleva a ceñirnos la toalla del servicio para colaborar en su obra. De esta forma la gratuidad y gratitud se convierten para nosotros en camino de vida y firmeza en medio de las pruebas provenientes del seguimiento y de la misión. “Todo reposa sobre él, todo se apoya en él, nada sólido puede subsistir sin él... Quitad a Jesucristo de la tierra, ¿queda algún fundamento sólido? Ninguno” (VD 102-103). La gratuidad se convierte así en la senda de una verdadera fecundidad apostólica: la senda propia del hombre, del sacerdote y del santo. “*Conocer a Dios y a su Cristo: en eso consiste todo el ser del hombre, del sacerdote, del santo*” (Carta 105; cf. Carta 129). La identidad y la acción del discípulo se fraguan en el conocimiento de Jesucristo: “Conocer a Jesucristo lo es todo. Todo se encierra en el conocimiento que tengamos de Dios y de nuestro Señor Jesucristo” (VD 113).

El Estudio del Evangelio se presenta como una gracia, un don del Espíritu que nos revela la identidad del Hijo y en él nuestra identidad de hombres nuevos. Este es el humus, que convierte el Estudio del Evangelio en parte de nuestro ser, en algo vital sin el que no es posible ni existir ni obrar como discípulos y servidores del Evangelio de Dios. Así se comprende que nuestro primer trabajo sea el estudio de Jesucristo.

2. FINALIDAD DEL ESTUDIO DEL EVANGELIO

El conocimiento de Jesucristo no es una meta, sino «el todo»: *“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo”* (Jn 17,3). La vida eterna comienza aquí hasta alcanzar su plenitud en la visión. A. Chevrier es consciente de ello y desea para el discípulo lo que Pablo estima y anhela para los cristianos de Éfeso: *“Que seáis vigorosamente fortalecidos por la acción de su espíritu en el hombre interior. Que Jesucristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de este misterio, y conocer el amor que nos tiene Jesucristo, que excede todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios”* (Ef 3,16-19). El conocimiento en la perspectiva bíblica, en la que se mueve el P. Chevrier, es comunión de vida, acción y destino con Jesús, es la unión y conformidad con él. Pero en la historia para llegar a la meta es necesario, por lo general, recorrer algunas etapas. La práctica del Estudio del Evangelio nos permite recorrer esas etapas que nos conducen hasta la “total plenitud de Dios”.

El Espíritu nos ilumina y alienta para andar el camino, pues por nosotros mismos, a pesar de nuestro esfuerzo, no seríamos capaces de llegar a la meta. El poder encaminarnos hacia ella es don.

2.1 - Dejarse conocer y amar por el Padre

La iniciativa es siempre del Padre. Él nos ha conocido el primero. Él nos ha dado la posibilidad de conocerlo. Él nos atrae hacia su Hijo y pone en nosotros el deseo y gozo de conocerle, amarle y servirle. *“Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae”* (Jn 6,44). El Padre es el que revela al Hijo y el Hijo al Padre en el Espíritu (cf. Lc 10,21-22).

La primera meta del Estudio del Evangelio, por tanto, es introducirnos en esta experiencia sin la cual no podremos avanzar por el camino de la fe, del amor y de la esperanza. Él debe hacernos crecer en el dinamismo del encuentro con la persona de Jesús en quien se ha revelado el amor de Dios por nosotros. *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados... Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”* (1 Jn 4, 10.16).

Cultivar la experiencia de ser amados, de un Dios que entra en diálogo con cada uno de nosotros, que viene a nuestro encuentro en pobreza y humildad, caldea el corazón del discípulo para la entrega incondicional a Jesús y al servicio de los hermanos. La experiencia de ser amado, le llevaba a Pablo a vivir para Cristo (cf. 2 Cor 5, 14), a dejar vivir a Cristo en él (cf. Gal 2,20), a cargar con los débiles y con los sufrimientos de las Iglesias. La experiencia de ser amado conduce al discípulo a seguir a Jesús en su amor al Padre y a los hombres. El Estudio del Evangelio gratuito es un estudio en que nos experimentamos y vivimos como criaturas de la gracia, como un acontecimiento de gracia. Sin esta etapa primera, nos acechará siempre la insidiosa tentación de una lectura moralizante del Evangelio. Ciertamente, el Evangelio nos renueva en la vida moral, pues nos recrea para las buenas obras, pero nuestra meta última es que Cristo habite en nosotros por la fe.

2.2 - Llenarse del Espíritu para caminar en el Espíritu

He aquí una segunda meta decisiva: renunciar al propio espíritu para caminar en el Espíritu de Jesucristo. “Este es quizás el artículo más importante de todos; de él dependen todos los demás. Vaciar el espíritu propio para llenarse del espíritu de Dios, del espíritu de Jesucristo. En la medida que tengamos el espíritu de Dios comprenderemos las cosas de Dios, llegaremos a ser espirituales y realizaremos lo que el Espíritu nos enseñe” (VD 208-209). “Tener el Espíritu de Dios lo es todo” (VD 231).

Y A. Chevrier, después de estas afirmaciones, se pregunta: “¿Qué tenemos nosotros que hacer? Estudiar a nuestro Señor Jesús, escuchar sus palabras, examinar sus acciones, a fin de configurarnos con él y llenarnos de su Espíritu Santo” (VD 225).

En el Estudio del Evangelio, el discípulo se deja encaminar por el Espíritu hacia la verdad plena, para vivirla y dar testimonio de ella en el mundo. El Espíritu nos hace conocer a Jesús en su identidad filial en el seno de la Trinidad. Y así, dándonos a conocer la identidad de Cristo como el Hijo, nos da a conocer la identidad profunda del hombre nuevo: somos realmente hijos de Dios. Quien camina en el Espíritu conoce y experimenta sin cesar esa corriente de vida y amor que es Dios mismo y que se nos ha revelado en Jesucristo.

Quien tiene el Espíritu “produce las obras de Dios”, pues en él actúa «el gran obrero del Padre y del Hijo» que es el Espíritu Santo. El verdadero discípulo, a través del Estudio del Evangelio, deja que «el mismo Espíritu que piensa, juzga y actúa en unión con el Padre y el Hijo», prosiga su obra en él y por su medio en la historia de los hombres.

El estudio de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio no puede perder nunca de vista esta dimensión trinitaria, pues sólo así nos encaminamos a la verdad plena de la persona de Jesucristo, amada y anhelada.

Después de presentar someramente el misterio de la Trinidad, A. Chevrier concluye: “Bien comprendidas estas nociones fundamentales, podemos ahora decir lo que es Jesucristo” (VD 53).

Caminar en el Espíritu nos hace avanzar en la relación y diálogo que el Hijo mantiene con su Padre. En este diálogo y comunión brota la disponibilidad del verdadero discípulo para colaborar en la obra de Dios, para realizar la misión. Por tanto, el Estudio del Evangelio ha de hacerse en el Espíritu y para caminar en el Espíritu. Es la condición para dejarse liberar para la libertad del amor, nuestra verdadera vocación (cf. Gal 5,1.13). “*Si vivimos por el Espíritu, caminemos en el Espíritu*” (Gal 5,25).

2.3 - Conocer a Jesucristo en sus distintas presencias

Las Escrituras son un lugar privilegiado para conocer a Jesús, pero sabemos que los discípulos de Emaús lo reconocieron al partir el pan. El discípulo buscará conocer a Jesús a través de los distintos lugares en que se hace presente y se da a conocer. El P. Chevrier apuntó ya la necesidad de estudiar y conocer a Jesucristo en su presencia eucarística: “Estudiar a Jesucristo en su vida mortal, en su vida eucarística, será todo mi estudio” (Primer Reglamento 1857).

La celebración y la adoración eucarísticas conducen al conocimiento de Jesucristo. «El tabernáculo es el lugar donde el discípulo de Cristo es invitado a la fe, a la adoración, a amar de corazón.» Para A. Chevrier, «la Eucaristía es como una extensión de la encarnación divina. En la encarnación él se convierte en uno de nosotros y en la Eucaristía nosotros nos convertimos en Cristo» (Ms 7,1). La Eucaristía produce la unión y transformación en Cristo: «por este sacramento nos convertimos en otros Jesucristo» (Ms 4,22). El creyente come y bebe la Palabra hecha carne en las Escrituras y en la Fracción del pan. Hay una relación circular entre el Estudio del Evangelio y la vida eucarística.

Puesto que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo resucitado en la historia, en ella y por ella se nos da a conocer Jesucristo para quien sabe ver con los ojos de la fe. Muchos murmuraron de Jesús y le dieron la espalda, pues sólo veían en él al hijo del carpintero. Jesús está presente en medio de los que se reúnen en su nombre. Esta presencia de Jesús en la Iglesia, cuerpo y esposa, garantiza que nuestro Estudio del Evangelio no caiga en el subjetivismo y se desarrolle de acuerdo con la fe apostólica. El Estudio del Evangelio nos ha de conducir a descubrir el misterio del Cristo total, “Cabeza” y “Cuerpo”, y el misterio de la Iglesia hace posible que *“lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo”* (Ef 4,13).

Puesto que Cristo resucitado ha querido identificarse con los pobres, también en ellos podemos conocerlo y reconocerlo. En el rostro desfigurado de los pobres, se hace presente el rostro del Crucificado. En las situaciones de pobreza que pesan sobre los mal-amados, podemos y debemos escuchar la palabra que Cristo nos dirige. Jesús sale a nuestro encuentro en el indigente y pide que lo acojamos y le sirvamos en él. Jesucristo sigue haciendo camino e historia con nosotros. El estudio de Jesucristo en las Escrituras permite reconocerlo en los acontecimientos de la vida y los acontecimientos nos obligan a captar mejor la novedad de su persona tal como se nos revela en las Escrituras.

El Estudio del Evangelio, por tanto, ha de ponerse en relación e interacción con la Eucaristía, la Iglesia, los pobres y los acontecimientos, para conocer a Jesucristo en su verdad y novedad, a fin de superar los riesgos de reduccionismo y dejarnos conducir por el Espíritu hacia la verdad plena.

2.4 - Para ser testigos de Jesucristo

Jesús es el enviado del Padre, el testigo fiel y veraz. El apóstol es enviado en el Espíritu para dar testimonio de Jesucristo muerto y resucitado. Propio del testigo elegido por Dios es hablar de lo que ha visto, oído y palpado del Verbo de la Vida, tal como le ha sido manifestado. No es lo mismo ser testigo del don de Dios, que maestro de una ética evangélica.

Esta perspectiva determina también nuestra comprensión y manera de hacer el Estudio del Evangelio.

El Espíritu nos introduce en la verdad plena de las palabras y de la persona de Jesús. Nos lo hace ver, oír y palpar con los sentidos espirituales para que lo demos a conocer a los hermanos de camino. A. Chevrier repetía con frecuencia: «Qué hermoso es saber hablar de Dios y de nuestro Señor» (Carta 93; 103; 181). Un estudio, pues, que nos haga hablar como testigos de Jesucristo, llenos de alegría, audacia y aplomo, es una de las metas del Estudio del Evangelio.

La misión del testigo, del mensajero del Evangelio, es hacer discípulos de Jesús, esto es conducir a los hombres a la fe. Y como enseña Pablo, *“la fe viene de la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo”* (Rom 10,17). La vida y acción del “catequista de los pobres” fue un continuo desarrollo de esta perspectiva paulina: “No olvidarse del gran acto de fe en Jesucristo, Verbo e Hijo de Dios” (VD 82). “Un poco menos de devoción y un poco más de fe en Jesucristo” (VD 449). La fe es el comienzo de todo. Si es auténtica se prolonga en el amor y la decisión de seguir a Jesús hasta la entrega de la propia vida.

La frecuencia, el contacto asiduo con el Evangelio es el camino adecuado para llegar a ser testigos de Jesucristo, para que su persona se refleje en la vida del discípulo y apóstol, para que sea el mismo Cristo el que hable y actúe

en y a través del discípulo. El verdadero conocimiento conduce a la unión y conformidad con el Maestro. Este es el sentido de la búsqueda de A. Chevrier a través del estudio de las Escrituras: llegar a ser otro Jesucristo, su testigo: “Haceos otros Jesucristo, estudiadle, es vuestro modelo. Visitad frecuentemente en espíritu el Pesebre, el Calvario, el Tabernáculo, para beber de ellos el espíritu y la vida que deben animaros para siempre” (Carta 89). La sociedad y la Iglesia necesitan auténticos testigos de la vida nueva que se nos da en Jesucristo.

2.5 - Para servir a los pobres

El Estudio del Evangelio es una exigencia intrínseca a la vida del apóstol pobre para los pobres, la razón de ser del mimo Prado. La caridad pastoral nos urge estudiar a Jesucristo en su vida y misión dedicadas a liberar a los oprimidos, dar la vista a los ciegos, a evangelizar a los pobres. En efecto, el estudio de la Palabra hecha carne, lleva al discípulo a abrazar en él y como él la pobreza para servir a los pobres desde el último lugar.

El Estudio del Evangelio nos llena del Espíritu Santo y así nos hace entrar en el dinamismo de la pobreza del Hijo: “Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío” (Jn 17,10). Así Jesús nos enseña a “considerar todas las cosas como propiedad de Dios y de los pobres” (VD 288). De esta manera el discípulo descubre con claridad que la comunión trinitaria es la fuente de la verdadera pobreza, un darse de manera incondicional a Dios y a los pobres.

El Estudio del Evangelio nos permite contemplar a los pobres en el misterio de Cristo, y a su vez nos introduce en el misterio del pobre. La contemplación asidua de Jesucristo nos invita a ver a los pobres en el designio de Dios, purificando continuamente nuestras maneras de verlos y comprenderlos. Sólo el conocimiento de Jesucristo puede darnos “la inteligencia del pobre” y la manera correcta de conducirlos a la libertad del amor: “De rico que era se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8,9). Vivir en la gracia es saber enriquecer a todos con la misma pobreza de Cristo.

El apóstol pobre, crucificado y comido es el que puede aportar la mayor riqueza al mundo. No son los medios los que salvan y liberan a los pobres, sino el amor que se hace pobre para llevar a todos hacia la patria del discípulo, el Padre. La opción por los pobres empieza siguiendo a Jesús en el misterio de la encarnación. “Entonces me decidí a seguir más de cerca a nuestro Señor Jesucristo, para hacerme más capaz de trabajar eficazmente en la salvación de las almas. Y mi deseo es que también vosotros sigáis más de cerca a Nuestro Señor” (Proceso de Beatificación, T.2.7.97-98). Jesucristo es el sumo bien que el apóstol puede y debe comunicar a los pobres. A. Chevrier compartía la pasión de Pablo: “*Cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado...*” (1 Cor 2, 1-16; cf. VD 445).

3. PRÁCTICA Y MÉTODO DEL ESTUDIO DE NUESTRO SENOR JESUCRISTO

3.1 - Un estudio en la fe de la Iglesia apostólica

A nosotros Dios nos ha dado a conocer a Jesucristo a través de la Iglesia. Como Pablo somos reenviados a la comunidad apostólica para conocer y dar testimonio de Jesús, el Hijo. El Evangelio no es una invención de hombres ni de ángeles (cf. Gal 2,1ss). El apóstol de las gentes predica la fe de la comunidad apostólica, lo que ha recibido (cf. 1 Cor 15,1-11). El discípulo y el apóstol de Jesucristo lo son en una tradición viva, que parte de Dios y nos llega por medio de la comunidad iluminada y animada por el Espíritu Santo.

Las cosas referentes a Jesús, recuerda el IV Evangelio, han sido escritas *“para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre”* (Jn 20, 31).

Nosotros tenemos acceso y comprensión de la persona de Jesús a través del testimonio apostólico, que inspira y vivifica el Espíritu, que obra en el corazón del creyente. Por tanto, sólo en la fe de la Iglesia llegamos a conocer, amar, seguir y anunciar al Hijo que el Padre nos revela en el Espíritu Santo. En el Estudio del Evangelio no buscamos conocer un personaje del pasado, sino una persona viva y actual; no buscamos edificar un sistema moral o religioso, ni tan siquiera una doctrina sobre Dios, sino entrar en comunión de vida y destino con la persona del Crucificado exaltado a la derecha de Dios Padre. Este es el verdadero conocimiento de fe que nos hace caminar en la verdad que da la vida y la libertad.

El Estudio del Evangelio es un acto eclesial. Queremos que *“Cristo habite por la fe en nuestros corazones y tratamos de comprender con todos los santos... el amor de Cristo que excede todo conocimiento”* (Ef 3,17-19). De esta forma el Estudio del Evangelio nos inserta en la fe de la Iglesia y nos permite contribuir a una comprensión renovada del Misterio revelado en Cristo. Esta dimensión eclesial se pone de relieve en el estudio comunitario del evangelio en nuestros equipos. Juntos nos hacemos discípulos del único Maestro y crecemos en el conocimiento de su persona; juntos tomamos conciencia de la presencia del Señor resucitado en la Palabra y en la acción del Espíritu en los hermanos; *“juntos buscamos que nuestro amor crezca en conocimiento perfecto y discernimiento”* (cf. Flp 1,9); juntos ponemos en práctica el consejo del apóstol: La Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con

toda sabiduría... y todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre (Col 3,16-17).

La fe es el alma del Estudio del Evangelio y, por otra parte, éste nos hace adherirnos y apegarnos con renovada pasión y lucidez a la persona del Salvador. El estudio asiduo de las Escrituras nos adentra en la novedad inagotable de la persona del Hijo y, en su luz, vemos mejor el valor de todas las cosas. Es principio de sabiduría y de acción. Pero si la fe se diluye u oscurece, las Escrituras dejan de ser para nosotros una Palabra viva, con el riesgo de verlas de forma exclusiva desde una perspectiva moralista o edificante⁶. El Estudio del Evangelio bien hecho nos introduce en la senda y en la dirección señalada por el P. Chevrier: “Un poco menos de devoción y un poco más de fe en Jesucristo” (VD 449).

3.2 - Un estudio en el Espíritu

El verdadero discípulo realiza el estudio de nuestro Señor Jesucristo en la luz del Espíritu de la verdad.

⁶ Benedicto XVI ha señalado este riesgo con relación a la Eucaristía. Es evidente que la Eucaristía y la Palabra de Dios dan un impulso moral a la existencia del discípulo, pero señala el Papa: “Esta referencia al valor moral del culto espiritual no se ha de interpretar en clave moralista. Es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a él y encuentra la verdadera libertad” (*Sacramentum Caritatis* 82).

Por él somos injertados en la Vid verdadera para producir frutos buenos, abundantes y perennes. Por su acción renacemos como hombres nuevos y podemos decir: Abba, Padre. En efecto, el Espíritu nos conduce a la verdad plena que libera de manera vital y existencial. Él forma en nosotros a Cristo, como un día formó su cuerpo en el seno de María. Todo esto acontece en el seno de la comunión eclesial.

Estamos llamados a realizar el Estudio del Evangelio bajo el magisterio del Maestro interior, el Espíritu. Él abre la inteligencia del corazón para buscar y realizar la verdad en el amor, para que nos adentremos de forma existencial en Aquél que es el camino, la verdad y la vida de forma personal. El estudio hecho en el Espíritu de la verdad tiene las connotaciones, como sugiere la experiencia y orientaciones del P. Chevrier, de la “adhesión cordial”, “gusto” y “celo”.

Porque encuentra un gozo insospechado en la escucha y conocimiento del Maestro, el verdadero discípulo está ávido de dedicarle tiempo. El Estudio del Evangelio no es para él una carga, aunque adquiera la forma del compromiso y se desarrolle como un trabajo constante y disciplinado. No lo deja “para cuando tenga tiempo”, pues ve en la persona de Jesús la fuente de su vida y alegría. El estudio hecho en el Espíritu nace del amor, se desarrolla en el amor y al amor conduce. Es un estudio que lleva a una adhesión cada vez más vital a Jesucristo y a una voluntad decidida de darlo a conocer a los demás. No puede guardar para sí la alegría y el don del Señor.

El discípulo lee e interpreta las Escrituras en el mismo Espíritu en el que fueron escritas, tal como las ha leído e interpretado la comunidad eclesial para alcanzar la inteligencia espiritual y la comprensión de los cristianos a lo largo de los siglos. El Espíritu es, pues, el maestro interior que ha de ser escuchado continuamente en el silencio del corazón para seguir sus enseñanzas y conformar su vida a Jesucristo: “Oh Dios, dame tu espíritu!... Está dentro de nosotros cuando se nos da. Lo oímos cuando suena, pero no sabemos de dónde viene ni adónde va...Viene cuando quiere y a nosotros nos toca recibirlo cuando viene” (VD 511; cfr. 221). Este estudio, hecho en el Espíritu Santo, configura y modela al discípulo conforme a Jesucristo: “He pedido a nuestro Señor y lo sigo pidiendo todos los días que os llenéis de su espíritu, que el estudio de Jesucristo sea para vosotros un estudio muy querido en vuestros corazones, que todo vuestro deseo sea conformar vuestra vida a la del Maestro” (Carta 80).

3.3 - En la totalidad de las Escrituras

Para adquirir “*la ciencia suprema de Jesucristo*” (Flp 3,8) es necesario estudiar asiduamente la Escritura, “pues desconocer la Escritura es desconocer a Cristo⁷”.

⁷ DV 25. La expresión citada por el Concilio es de san Jerónimo, en concreto del prólogo al comentario del profeta Isaías. El santo veía la necesidad de conocer la totalidad de la Escritura para conocer mejor a Jesucristo, pues toda ella nos habla de él.

En los libros sagrados, el Padre sale a nuestro encuentro para darnos a conocer su Palabra, la única Palabra que tiene Dios⁸ y que se hizo carne en Jesucristo. Con razón, pues, toda la Escritura nos están dando a conocer esa Palabra que se reveló plenamente en Jesús; y en cuyo conocimiento el Espíritu nos introduce de forma vital.

En el “estudio espiritual del Evangelio”, esto es, hecho en el Espíritu, abrimos un verdadero diálogo con el Padre que sale a nuestro encuentro en su Verbo. “El Verbo es el nombre del Hijo de Dios. El vocablo significa Palabra. Dios ha enviado a su Verbo, es decir, su Palabra, que se ha revestido de nuestra humanidad para instruirnos y hacernos conocer la ley y la voluntad del Padre... El es para nosotros como una carta viva en la que debemos leer las voluntades del Altísimo... ¡Con qué respeto debemos recibir esta palabra! ¡Con qué atención debemos leer esta carta enviada del cielo!” (Ms 5, 27).

⁸ San Juan de la Cruz lo expresa en estos términos, comentando Hb 1, 1-2: “En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que habla antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos al Todo, que es su Hijo”. (Subida al monte Carmelo 2, 22, 4)

⁹ “Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados" (DV 21).

“Conocer”, para el P. Chevrier, no equivale a un saber enciclopédico ni a un cúmulo de información sobre los textos bíblicos, sino a una búsqueda constante en el conjunto de las Escrituras para conocer la Palabra que el Padre ha querido revelarnos a lo largo de la historia. *Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo»* (Hb 1,1-2). En el Estudio del Evangelio buscamos conocer la plena revelación de la persona de Jesús, de la Palabra hecha carne, anunciada y presentida en las palabras de los servidores de la alianza de la promesa. Esta es la experiencia que deseamos revivir y renovar cada día mediante el estudio de la totalidad de las Escrituras. Cristo resucitado, como un día con los discípulos de Emaús, nos sigue explicando las Escrituras para darnos a conocer todo lo que hay sobre él en ellas: él es el verdadero exégeta de las Escrituras.

Puesto que la persona se revela en lo que dice y hace, nuestro estudio presta gran atención a los detalles y pormenores de cada hecho y dicho del Maestro. En ellos se encuentra la sabiduría: “Para conocer el Evangelio hay que profundizar en él, observar sus detalles, poner en práctica las cosas que allí se encuentran”. (VD 516-517). “Hay que leer y releer el Santo Evangelio, penetrarse de él, estudiarlo, saberlo de memoria, estudiar cada palabra, cada acción para captar su sentido y hacerlo pasar a los propios pensamientos y acción” (VD 227). Y porque todo detalle es parcial, éste ha de ser comprendido en el todo, en el

conjunto del Evangelio. El detalle tiene su importancia, por eso el autor los ha incluido, pues destaca un rasgo de la personalidad de Jesús. Pero éste no puede ser comprendido al margen de los otros detalles, que pueden ofrecernos otras perspectivas divergentes de la misma persona. Si queremos valorar un detalle en su perspectiva justa, debemos resituarlo en el dinamismo de la persona del Enviado. Lo que importa no es el detalle por el detalle, sino el conocimiento de la persona de Jesucristo.

El Estudio del Evangelio requiere por ello rigor y esfuerzo, tanto intelectual como espiritual, para no caer en simplificaciones que pueden abrir la puerta al fundamentalismo o reforzar ciertas posiciones ideológicas. Quien busca conocer, amar y seguir a una persona viva, no puede seleccionar algunos aspectos de ella, sino que debe situarse en una actitud de profunda admiración, siempre abierta a conocer dimensiones inéditas de ella. Jesús es el Hijo enviado por amor al mundo para salvarlo y revelar el misterio de Dios y del hombre. Los evangelios, como el resto de la Escritura, nos sorprenden con sus muchas paradojas. El maestro manso y humilde de corazón no duda en empuñar el látigo y alzar la voz para fustigar a los que impiden a los pequeños entrar en el Reino de Dios... etc. Es necesario estar atentos a cómo los contrarios conviven en la vida de Jesús para llegar a una comprensión más profunda del misterio de su persona. Es la senda empinada que permite descubrir, con frescura y novedad, las cuestiones vitales a las que responden los escritos apostólicos: ¿Quién es este hombre?

¿Qué dice de sí mismo? ¿De dónde viene, a qué ha venido y a dónde va?

La Palabra se hizo carne, historia y cultura; detrás de muchos gestos y detalles subyacen experiencias humanas y comprensiones culturales muy distintas a las nuestras. Es necesario captarlas de forma correcta para entrar en la comprensión de las Escrituras. En este sentido la exégesis es una herramienta muy útil para llegar a comprender mejor el testimonio apostólico; el ministro de la Palabra debe estar atento a los progresos de las ciencias bíblicas. El estudio espiritual del Evangelio y el estudio de la exégesis bíblica se complementan, aunque en la práctica puedan surgir pequeñas tensiones.

El conocimiento de Jesucristo es el mayor don que Dios puede hacernos. Lo cultivamos en el horizonte de la oración y de la comunión eclesial, mediante un estudio asiduo de la Palabra viva y operante de Dios, bajo el impulso y acción del Espíritu. Estudiamos y meditamos el Evangelio para ser transformados en Cristo, para configurararnos con él y pertenecerle.

3.4 - El Estudio del Evangelio en la vida del discípulo y del apóstol

El conocimiento de Jesucristo hace al discípulo y al apóstol. «Ningún estudio, ninguna ciencia, ha de ser preferida a ésta. Es la más necesaria, la más útil, la más

importante, sobre todo para aquel que quiera ser sacerdote, su discípulo. Porque sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes» (VD 113).

En la vida del discípulo

“Para llegar a ser un verdadero discípulo de Jesucristo se necesita ante todo conocerle, saber quién es él... para llegar a ser totalmente suyo” (VD 46). ¿Cómo el discípulo podría depositar su confianza en Jesús si no lo conociese de forma vital? El camino del discípulo se concreta en estas tres palabras: conocer, amar y seguir al Verbo de la vida. No se trata de tres etapas, sino de tres dimensiones que se implican y reclaman mutuamente.

“El conocimiento de Jesucristo produce necesariamente el amor y, cuanto más conocemos a Jesús, más crece nuestro amor hacia él... Cuando se ama a alguien con sinceridad, uno se siente feliz siguiéndole... e intenta hacer todo lo posible por imitarle” (VD 115-117). El conocimiento de que habla la biblia entraña la comunión de vida y destino con la persona conocida. El conocimiento bíblico nace del amor y lo hace crecer. En el estudio de Nuestro Señor Jesucristo la inteligencia se pone al servicio del amor para entregarnos totalmente a quien nos conoció y nos amó primero. Este estudio se convierte en una experiencia de escucha silenciosa y cordial que desemboca en una obediencia confiada, gozosa y pronta.

El conocimiento propio de la fe y del amor, el que alienta el Espíritu en el discípulo, desarrolla una verdadera actitud de adoración y entrega incondicional al Maestro. No busca poseer, sino dejarse poseer por la Palabra que no deja de seducirlo. El discípulo “está espiritualmente a los pies de su Maestro como María, sin dejarse llevar ni de razonamientos ni de las pasiones que se rebelan. El Maestro habla. No hay más pensamientos ni deseos que comprender lo que oye y practicarlo y alimentar su alma. Le guía el amor y nada más... Jesucristo es su único Maestro y no quiere seguir a ningún otro... el Maestro ha hablado, ha dicho, eso basta”. (VD 125-126). Su actitud ante el Maestro es de disponibilidad total. Por eso no reflexiona sobre qué debe hacer, sino que pregunta: ¿qué quieres, Señor, que haga?

Para dejarse poseer por la Palabra de la verdad y la libertad es preciso acallar sus pasiones y razonamientos. Hay que aprender a escuchar con la sencillez del niño, del hombre adulto en la fe, que confía plenamente en la gracia de quien nos llama a seguirle, de quien nos da su palabra de vida. “El razonamiento mata el Evangelio y priva al alma del impulso que nos llevaría a seguir a Jesucristo y a imitarle en su belleza evangélica. Los santos no razonaban tanto” (VD 126).

Este conocimiento conduce a la verdadera santidad: *“Oh, sed santos; éste es vuestro trabajo de cada día. Creced en el amor de Dios; creced, para conseguirlo, en el conocimiento de Jesucristo”* (Carta 105; 80). Es el camino de la comunión con la muerte de Cristo, de la

unión y configuración con él, para compartir el poder de su resurrección (cf. Flp 3, 10-12); es el camino de la verdadera representación de Cristo: “*El tema de mis continuas reflexiones es este: Sacerdos alter Christus. Debemos reproducir en toda nuestra vida la de Jesucristo: ser pobre como él en el pesebre, estar crucificado como él en la cruz y ser comido como él en la Eucaristía*” (Carta 56; 52). “Así la decisión de llegar a ser un verdadero discípulo, configurándose con Cristo y obedeciendo sus enseñanzas, no se impone como una regla jurídica: se convierte en una necesidad. Se tiene necesidad de hacerse semejante a él, porque se le ama y se siente uno feliz de dejarse guiar por su enseñanza¹⁰”.

En una palabra, a través del Estudio del Evangelio, el verdadero discípulo vive un radical descentramiento de sí mismo para dejar a Jesucristo vivir, pensar y actuar en él: “Quien tiene el Espíritu de Dios, nada dice de sí mismo y nada hace por cuenta propia. Todo cuanto dice y cuanto hace se apoya en una palabra o en una acción de Jesucristo, tomada como fundamento de su vida. Jesucristo es su vida, su principio, su fin. No soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí” (VD 227-228). “El discípulo de Jesucristo es un hombre que está lleno del Espíritu de su Maestro, que piensa como su Maestro, que le sigue en todo y a todas partes” (VD 510).

¹⁰ ANCEL, A., *El Prado. La espiritualidad apostólica del Padre Chevrier*, Burgos (2009) p. 76

En la vida del apóstol

El discípulo enviado a evangelizar a los pobres vive el estudio de nuestro Señor en las Escrituras como un verdadero servicio a los pobres. Es una exigencia de la misma caridad pastoral. Quiere conocer para dar a conocer. Escucha como los discípulos para que sus labios sean los del Siervo que hace saber una palabra de aliento al cansado (cf. Is 50,4-9). Para comunicar la palabra de la vida y de la libertad es preciso que el apóstol habite en la Escritura. Por ello el Estudio del Evangelio forma parte del combate apostólico. Estar con y conocer a Jesús es la premisa para darlo a conocer y para luchar contra todo aquello que se opone a la realización del hombre en nuestro mundo: *“Instituyó Doce para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios”* (Mc 3,13-14).

“El catequista de los pobres” estudia el Evangelio para llevar a cabo su misión. Se alimenta de la Palabra y se deja transformar por ella, se hace palabra, “pues no es el libro el que instruye, sino el sacerdote” (VD 450). El apóstol es un testigo de lo que ha visto, oído y palpado en la fe del Verbo de la vida (cf. 1 Jn 1,1-4).

El Estudio del Evangelio es un servicio a la fe de los que buscan y aman a Dios. El ministro del Evangelio ha de conocer vitalmente a Jesucristo para darlo a conocer.

El estudio asiduo del Evangelio, don y combate al mismo tiempo, capacita al pastor para que en sus labios y obras se encuentre la palabra de la verdad liberadora, para que en su ser y obrar se refleje la vida del Enviado del Padre.

La palabra de quien habla desde el interior del Evangelio tiene una fuerza particular. De esto era muy consciente el P. Chevrier: “Me encuentro muy bien en mi soledad. Trabajo todo el día en el estudio del Evangelio..., para enseñárselo luego a los demás de una manera más perfecta” (Carta 267). En la formación de apóstoles pobres para los pobres, A. Chevrier se sentía fuerte en la medida que se apoyaba en el Evangelio. “Con el santo Evangelio me parece que soy más fuerte y que puedo esperar, porque después de todo, no soy yo, es Jesucristo y con él no podemos equivocarnos, con él se tiene autoridad, con él se es más fuerte y nadie puede decir nada. Me apoyaré, pues, en él y en él esperaré” (Carta 309).

Quien se llena del Espíritu del Señor a través del estudio constante y disciplinado del Evangelio, comunicará ese mismo Espíritu a los pobres, así como a los agentes y responsables de la pastoral, llevará adelante la misión de formar cristianos libres, dedicados a la liberación de los hombres, en particular de los pobres. La Palabra viva engendra la fe y la comunidad de la fe, pero también a los llamados a ser testigos de la salvación de Cristo en el mundo.

3.5 - Estudio del Evangelio y oración

El Estudio del Evangelio es ante todo una experiencia espiritual: conduce al discípulo y al apóstol al conocimiento y encuentro personal con Jesucristo, permite establecer una relación dialogal con él, porque está estrechamente relacionado con la oración. Si no se desarrolla en un clima de oración existe el riesgo de hacer un estudio discursivo o intelectual, centrado en una búsqueda informativa o en los propios razonamientos.

La lectura bíblica, sea en la liturgia, en grupo o individualmente, ha de ir acompañada siempre de la oración como respuesta dialogal a la Palabra que Dios nos dirige: “Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras” (DV 25). El Estudio del Evangelio y la oración se reclaman y fecundan entre sí: “En la oración, el conocimiento de Jesucristo debe ponerse antes que todo... La base de la oración es el estudio de Nuestro Señor Jesucristo” (Ms 9/2d). En el silencio de la oración, el discípulo deja que el Espíritu forme en él a Jesucristo. “Parecerse a Jesucristo, ese es nuestro trabajo continuo, la atención continua de nuestro espíritu y el deseo sincero de nuestro corazón” (VD 101). “El conocimiento de Jesucristo, su estudio, la oración, es lo primero que hay que hacer para llegar a ser piedras vivas en el edificio espiritual de Dios” (VD 103).

La fecundidad pastoral entre los pobres, por otra parte, mana del Estudio del Evangelio y de la oración: “Espero poder ir a Saint-Fons alguna temporada, para meterme de lleno en la oración y en el estudio de Nuestro Señor y poder comunicar a todo el mundo esta vida divina y sobrenatural que nos es tan necesaria para ser útiles a la Iglesia. Siento que ése es mi trabajo y que a él debo entregarme” (Carta 142).

Pero no podemos olvidar que la oración y el Estudio del Evangelio son realmente un verdadero combate en la vida del discípulo y del apóstol. Un combate entre el espíritu de Dios, el espíritu del mundo y nuestro propio espíritu, que sitúa al discípulo en un camino de conversión permanente. “¿Quiénes son los que tienen el espíritu de Dios? Son los que han orado mucho y que lo han pedido largo tiempo. Son los que han estudiado, por largo tiempo el Santo Evangelio, las palabras y acciones de nuestro Señor; los que han trabajado largo tiempo por reformar en ellos lo que es opuesto al espíritu de nuestro Señor” (VD 227). Por ello el compromiso en el Prado comporta dedicar “un tiempo considerable a este estudio espiritual. El que quiere llenarse del espíritu de Dios debe estudiar a Nuestro Señor cada día: sus palabras, sus ejemplos, su vida; he aquí la fuente donde nosotros encontraremos la vida, el espíritu de Dios. Haremos de este estudio un verdadero trabajo” (Cons. 37).

3.6 - Metodología del Estudio del Evangelio

¿Cómo llevar a la práctica el Estudio del Evangelio, el estudio de nuestro Señor Jesucristo en la Palabra de Dios? No olvidemos que su finalidad última es el conocimiento de Jesucristo, la comunión con sus padecimientos para participar así del poder de su resurrección (Flp 3,10-11). Por ello es mucho más un espíritu que un método. La búsqueda o la indagación se centran en la persona del Verbo que se revela en las palabras y gestos que relata la Escritura.

Como hombres que somos necesitamos de una cierta pedagogía para cultivar el don supremo del conocimiento de Jesucristo. Puesto que la metodología ha de permitir entrar en la experiencia espiritual de un tal don, ella no puede ser única ni uniforme. Inspirándose en la manera cómo el P. Chevrier estudiaba el Evangelio, cada uno debe encontrar el propio camino, pero sin perder nunca de vista la meta a la que juntos nos encaminamos. Por ello es útil fijar unos jalones para avanzar con creatividad en la misma dirección.

El Estudio del Evangelio se realiza en el Prado de manera personal y en equipo o grupo. La finalidad en ambos casos es la misma, pero la metodología es un poco diferente.

Estudio personal del Evangelio

Preguntar al Evangelio

El estudio personal parte generalmente de una pregunta, de una cuestión vital de nuestro ser y hacer de servidores del Evangelio entre los pobres. Nuestra pregunta se dirige a Jesús, a su vida y palabra, para encontrar una luz que nos permita conocerlo mejor y evangelizar mejor a los que Dios nos ha dado en herencia, los pobres. No buscamos una receta ni copiar sin más a Jesús, sino descubrir cómo en la vida y experiencia del Verbo encarnado se ha planteado nuestra cuestión para llevar a cabo la obra de Dios con nuestra historia, vocación y personalidad propias.

Es importante darse un tiempo para formular con sencillez y claridad la pregunta que se quiere hacer a Jesucristo. Es el camino para fijar el tema. Es el momento de renovar la fe, conscientes de que vamos al encuentro de una persona conocida y amada, que interpela, ilumina, propone y cuestiona nuestra existencia de discípulos y apóstoles. Puesto que se trata de conocer mejor a Jesucristo desde una perspectiva concreta, la pregunta ha de centrar siempre la mirada en su persona. Él es la luz que ilumina, el camino que lleva a la libertad y al servicio de los hermanos.

Lectura contemplativa

El P. Chevrier recomendaba a sus seminaristas leer y releer de forma particular los evangelios y las cartas de san Pablo en función del tema elegido¹¹. Es importante darse tiempo. También esto forma parte de la gratuidad del Estudio del Evangelio.

El estudio se inicia y desarrolla en un clima de oración, renovando el acto de fe en la presencia de Jesús y en su palabra viva y eficaz. El Espíritu vivifica desde dentro la palabra e ilumina la inteligencia del corazón para que podamos adentrarnos de manera más plena en la verdad que nos libera e ilumina. Se comienza la lectura pausada de la Escritura, parándose y recogiendo aquellos pasajes que están en relación con el tema de estudio, con la pregunta que se ha hecho al Evangelio.

¿Cómo hacer esta recogida? Aquí entra en juego la libertad y creatividad de cada uno, su manera de organizarse en el estudio:

- Se sugiere escribir las citas de los textos que están en relación con el tema para interiorizarlas. También se pueden añadir y evocar textos paralelos en otros libros de la Escritura.

¹¹ Cf. Carta 100. El P. Chevrier busca conocer a Jesucristo en la totalidad del Nuevo Testamento y nosotros podemos ampliarlo a la totalidad de las Escrituras. Hoy contamos con medios e instrumentos exegéticos para poderlo hacer.

- En cada texto recogido se ha de reflejar de forma concisa cómo se revela ahí la persona de Jesús y también cómo reaccionan ante él otras personas, qué es lo que las está moviendo, etc. Evitar hacer grandes comentarios. Se trata de destacar sencillamente aquellos aspectos del misterio de Cristo que mejor iluminan la búsqueda personal y apostólica que se está realizando.
- El camino a recorrer es largo. Conviene pararse en él en ocasiones para ver cómo va emergiendo la figura de Jesús y la luz que vamos encontrando a nuestra pregunta vital y, por tanto, concreta. No se trata de sacar conclusiones o llamadas de cada texto, sino de ir adentrándonos en el misterio del Verbo desde el que podremos dar una respuesta personal y actual a la situación que vivimos.

La síntesis

Una vez hecho el camino, es importante hacer la síntesis. No es tanto un resumen, cuanto fijar de forma concreta la luz recibida, la dimensión de la persona de Jesús tal como emerge de la búsqueda. La síntesis, como el mismo estudio, será una expresión agradecida de fe, pues Jesús se nos ha dado a conocer un poco más. Es más un ejercicio teologal que discursivo. Es necesario orar y meditar mucho, darse el tiempo necesario hasta que la luz de la Palabra de Dios brote en el corazón. La síntesis no es tanto el fruto de la reflexión, cuanto de la escucha del Espíritu y de la inteligencia del corazón que busca ser iluminada por los gestos y palabras de Jesús.

Hemos de recordar que la síntesis viva y verdadera de la Escritura es Jesucristo: él es el centro hacia el que todo debe converger (VD 104). Pablo podía sintetizar así el misterio de la gracia o generosidad de Jesucristo: “*De rico que era se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza*” (2 Cor 8,9).

Para hacer la síntesis es importante volver a releer lo que se ha recogido sobre los rasgos de Jesús que más nos han atraído o cuestionado a lo largo del «estudio»; las luces, las llamadas y las decisiones que brotan de la contemplación realizada. Luego será el momento de extraer las consecuencias y tomar las decisiones que convenga para dar una respuesta adecuada a la pregunta vital que nos formulábamos al inicio de esta búsqueda disciplinada bajo la acción del Espíritu de la verdad y la escuela y magisterio del P. Chevrier.

Estudio del Evangelio en grupo

Este Estudio de Evangelio es realizado por un grupo o una pequeña comunidad. Expresa la dimensión eclesial, fortalece y alimenta la vida fraterna, en particular, la vida de equipo en el Prado y el dinamismo apostólico de sus miembros.

En el estudio comunitario se parte siempre de un pasaje de la Escritura que alguien del grupo o el conjunto han elegido.

Juntos nos sentimos discípulos y nos dejamos enseñar por la palabra del Cristo presente y viviente en medio de nosotros. Se busca escuchar y contemplar a Jesús para conocerlo mejor y seguirlo personal y como familia. La palabra viva del Señor puede tener resonancias diferentes en cada uno del grupo, pues todos accedemos a ella con nuestra propia experiencia y situación vital.

Este estudio comienza con un momento de silencio y **oración inicial**, pidiendo al Espíritu Santo el don del conocimiento de Jesucristo. A continuación se proclama el texto elegido.

Sigue **un tiempo de reflexión y estudio personal** del texto proclamado. La escucha, reflexión y contemplación se centra, ante todo, en las acciones, gestos, palabras, actitudes... La mirada sobre los otros personajes es también importante en la medida que revela y permite conocer mejor a Jesucristo. La referencia a textos paralelos permite conocerlo mejor y con mayor objetividad en la fe de los profetas y apóstoles.

La actualidad del texto: cómo el Espíritu nos hace descubrir la vigencia y actualidad de la persona del Señor hoy, en la realidad y contexto en que vivimos; también cuál ha de ser la respuesta a esta Palabra y cómo hoy ilumina y guía nuestra vida, la vida del mundo y de la Iglesia. La vida, por otra parte, nos permite adentrarnos mejor en la novedad de la Palabra.

La puesta en común: tiempo de comunicar las luces que cada uno ha recibido. Se trata de un compartir teológico y de fe, hecho con sencillez y simplicidad, sin discusiones ni dialéctica.

Oración final de acción de gracias. Un breve tiempo de silencio, seguido de la intervención de todos o de algunos miembros del grupo.

CONCLUSIÓN

El estudio de nuestro Señor Jesucristo en las Escrituras es para el discípulo y el apóstol el corazón que marca el ritmo y la calidad de su vida y misión. No es algo opcional: constituye el centro, meta y dicha del discípulo y apóstol. *“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero y al que tú has enviado, Jesucristo”* (Jn 17,3).

Porque «conocer a Jesucristo lo es todo», el estudio personal del Evangelio se presenta como el primer trabajo para adquirir la ciencia suprema que hace al hombre, al santo y al sacerdote. Hemos sido llamados a re-presentar a Jesucristo entre los pobres¹². Es nuestro carisma. El Espíritu nos hace conocer a Jesucristo y lo forma en nosotros. Por ello el Estudio del Evangelio es para un apóstol una acción espiritual y evangelizadora.

¹² Juan Pablo II recordó que el hombre de hoy quiere ver a Jesucristo en sus discípulos y enviados. “Los hombres de nuestro tiempo piden a los creyentes no sólo hablar de Cristo, sino en cierto modo hacérselo ver” (NMI 16).

Así queremos cultivar el don supremo del conocimiento de Jesucristo. Como los discípulos primeros nos sentimos seducidos por su paso en nuestras vidas y vamos detrás de él. Hoy también Jesús se vuelve y entabla con cada uno de nosotros el siguiente diálogo: “*¿Qué buscáis? Ellos le respondieron: Rabbi –que quiere decir Maestro- ¿dónde vives? Les respondió: Venid y lo veréis*” (Jn 1,37-38).

El Estudio del Evangelio destaca sobre todo por su dimensión teologal y contemplativa. Se trata de escuchar al Señor y dejarse conducir y modelar por el Espíritu que va formando a Jesucristo en la persona haciendo pasar el Evangelio a la propia vida. Por eso este estudio va estrechamente ligado a la oración. Las síntesis del Estudio del Evangelio se inician siempre en la oración.

La oración del apóstol recoge el latido de la vida, del mundo, de la historia, sobre todo los gozos y sufrimientos de los pobres, dónde el Resucitado está presente de una manera especial. El estudio de Nuestro Señor Jesucristo en las Escrituras nos lleva a escuchar la llamada que el Señor nos lanza desde los pobres, a reconocerlo y servirlo en ellos, así como la urgencia de compartir con ellos la riqueza del Evangelio.

El Estudio de Nuestro Señor Jesucristo se realiza en la totalidad de la Escritura y en la tradición viva de la Iglesia. Toda la Escritura habla y revela a Jesucristo.

A través de ella recibimos el testimonio de los apóstoles que tuvieron el contacto directo y la experiencia viva de Jesucristo y que nos ha transmitido la tradición de la Iglesia a lo largo de los siglos.

En estos momentos de búsqueda, de cambios tan profundos, de renovar y actualizar el carisma y la gracia recibida de una manera acorde a estos tiempos, es fácil que brote en nosotros esta inquietud y este interrogante ya formulada por A. Chevrier: «¿Qué tenemos nosotros que hacer?» Y nuestro guía espiritual se responde y nos responde: «Estudiar a nuestro Señor Jesús, escuchar sus palabras, examinar sus acciones a fin de configurarnos con él y llenarnos del Espíritu Santo» (VD 225).

INDICÉ

Presentación	3
Introducción	7
1.HE AQUÍ JESUCRISTO	11
• <i>La grandeza y belleza del Hijo en la humanidad</i>	12
• <i>La primacía de la gracia y de la gratuidad en el Estudio del Evangelio</i>	14
2.FINALIDAD DEL ESTUDIO DEL EVANGELIO	17
• <i>2.1 Dejarse conocer y amar por el Padre</i>	18
• <i>2.2 Llenarse del Espíritu para caminar en el Espíritu</i>	19
• <i>2.3 Conocer a Jesucristo en sus distintas presencias</i>	21
• <i>2.4 Para ser testigos de Jesucristo</i>	23
• <i>2.5 Para servir a los pobres</i>	25
3.PRÁCTICA Y MÉTODO DEL ESTUDIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO	27
• <i>3.1 Un estudio en la fe de la Iglesia apostólica</i>	27
• <i>3.2 Un estudio en el Espíritu</i>	29

• <i>3.3 En la totalidad de las Escrituras</i>	31
• <i>3.4 El Estudio del Evangelio en la vida del discípulo y del apóstol</i>	35
• <i>3.5 Estudio del Evangelio y oración</i>	41
• <i>3.6 Metodología del Estudio del Evangelio</i>	43
Estudio personal del Evangelio	44
• Preguntar al Evangelio	44
• Lectura contemplativa	45
• Síntesis	46
Estudio del Evangelio en grupo	47
CONCLUSIÓN	51

Asociación de sacerdotes del Prado

13, rue Père Chevrier – 69007 – Lyon -France

Tel : (00.33) (0) 4 78 72 41 67

Fax : (00.33) (0) 4 72 72 04 54

Email : AP.PRADO@wanadoo.fr

Web : www.leprado.org

**Supplément de ‘Prêtres du Prado’
n° 107 de Janvier 2011**